

La herencia de aquellos primeros neolíticos

Permítenos comenzar esta introducción, lector o lectora, con una afirmación provocativa que puede sorprenderte y desafiar tus preconcepciones: gran parte de la población del mundo actual vive, en términos de alimentación y entorno socioeconómico, en el Neolítico. Con ello, no queremos decir que viven en la prehistoria, en cabañas de adobe y paja, o que usan el fuego de leña para cocinar en cacharros de barro, aunque también habría casos como esos. Nos referimos a la estructura básica de nuestro entorno, de nuestras relaciones personales, familiares y locales, de nuestras prácticas funerarias y de nuestra alimentación. Si se considera la población rural actual (unos 3.400 millones de personas), resulta que vive en un entorno muy similar, en lo esencial y dejando aparte la tecnología, al de aquellas primeras sociedades neolíticas.

La humanidad en su conjunto subsiste de los productos generados por el cultivo de plantas domesticadas cuyo origen se remonta unos 12.000 años en el Próximo Oriente y algunos milenios más tarde en China y Mesoamérica. Una dieta que se complementa con carne y otros productos (como los lácteos), procedentes de los animales que por entonces empezaron a domesticarse. Ese proceso de domesticación de plantas y animales marca el inicio del Neolítico, un término

acuñado en 1865 por el investigador John Lubbock (1834-1913) que significa *nueva piedra*, y cuya estela llega hasta nuestros días si miramos hacia atrás y observamos cómo eran las sociedades preindustriales.

La arqueología es una ciencia que dispone de herramientas muy eficaces para reconstruir determinados aspectos del pasado, a la vez que presenta limitaciones en otros campos. En ese sentido, lo cierto es que no podemos saber cómo era la sociedad neolítica en todos sus detalles, pero sí tenemos una idea general de sus estructuras y relaciones básicas. Sabemos que las formas de vida y sociedad del Neolítico tienen mucho más en común con las comunidades humanas actuales que con las anteriores (las de caza, pesca y recolección que ocuparon el planeta durante millones de años). La etnografía y la antropología, junto con la arqueología y otras ciencias, nos han mostrado cómo la caza-pesca-recolección genera formas económicas y sociales que son radicalmente distintas de las estructuras de las sociedades agrícolas y ganaderas, y también de las nuestras.

Más problemático es acercarnos, con criterios sólidos, al mundo de sus ideas y sus creencias. Las interpretaciones sobre el significado de las cuestiones simbólicas siempre son complicadas y debemos tomar las máximas precauciones para no caer en el anacronismo de reflejar nuestras propias preconcepciones ideológicas, históricas o etnográficas sobre aquellas comunidades.

A principios del siglo XX un arqueólogo australiano, Vere Gordon Childe (1892-1957), formado en el Reino Unido y que había visitado en varias ocasiones la Unión Soviética, propuso el concepto de *revolución neolítica*. En la actualidad este sigue siendo un concepto muy reivindicable, pero con matices importantes: al contrario que las revoluciones de la Edad Moderna y Contemporánea, la neolítica ni fue súbita ni especialmente violenta. Entonces, ¿por qué denominarlo *revolución*? Pues porque también llamamos así a aquellos procesos que lo cambian todo. Y el Neolítico, sin duda, cambió el transcurso de la humanidad (figura 1).

FIGURA 1

La agricultura neolítica.



FUENTE: DIBUJO DE LUIS PASCUAL REPISO.

La domesticación vegetal y animal va unida a la aparición de los primeros poblados estables. Aquellas comunidades no solo debieron permanecer durante un tiempo en los lugares donde realizar dicha domesticación, sino también en los espacios idóneos donde conseguir el crecimiento de sus cereales, leguminosas y tubérculos, así como de sus distintas especies animales. Este proceso se produjo en diferentes zonas del planeta de forma independiente. Como hemos dicho, el primer foco aparece en el Próximo Oriente en la región llamada “el Creciente Fértil”. Es decir, desde las actuales Israel, Palestina y Jordania hasta la antigua Mesopotamia. En

momentos posteriores, se dan procesos de domesticación en China que comienzan hace unos 11.000 años, en América Central y del Sur hace unos 8.000 años y en diversas zonas de África hace unos 6.000 años.

Junto al cultivo de plantas, la cría de animales proporcionó recursos como carne, grasa, leche, piel, tendones y huesos. Al empezar a cultivar los campos y cuidar el ganado aparecieron otras necesidades (despejar áreas boscosas, trabajar la tierra, preparar los pastos, etc.), que generarán desarrollos tecnológicos de todo tipo. De entre esas novedades destacan la elaboración de nuevos instrumentos de piedra, hueso o madera y, posteriormente, la producción de recipientes cerámicos. La mentalidad y la estructura social también cambiarán, apareciendo conceptos nuevos o reformulados en aspectos tan básicos como la propiedad del territorio y de las materias primas, las relaciones familiares y la herencia, o la espiritualidad y la ideología en el sentido más amplio.

La información disponible sobre estas innovaciones inmateriales es muy limitada, porque son sociedades sin escritura, y solo es posible estudiar su mentalidad a partir de los restos arqueológicos. Aun con todo, las evidencias permiten proponer ciertas interpretaciones sobre el mundo de las ideas y las creencias que trataremos a lo largo de los siguientes capítulos.

La arqueología, y en general las investigaciones sobre las sociedades prehistóricas, se han interrogado sobre cuáles son esos aspectos fundamentales por los que el Neolítico supone un periodo clave de cambio para la humanidad. Con el surgimiento de la agricultura y la ganadería, mediante la domesticación de plantas y animales, se produce no solo el aprovechamiento alimentario de numerosas especies, sino de una variedad de productos secundarios, que serán vitales en el desarrollo de la economía de aquellas sociedades. Es el caso de los tallos de los cereales para la construcción de las techumbres de las casas, cestería o alimento de animales; de ciertas especies vegetales como el lino (o el pelo de algunos animales) para la confección de tejidos y cuerdas; de la piel

del ganado para fabricar ropas o recipientes (aunque ya se hacía con los animales cazados en el Paleolítico, ahora se aprovechan los animales criados *ex profeso*); de los excrementos como fertilizante o combustible; y de un largo etcétera. También irán incorporando a su dieta ciertos alimentos como los lácteos, frescos o fermentados a medida que se descubre cómo procesarlos.

La sedentarización progresiva de la humanidad es otro de los rasgos clave del Neolítico. A lo largo de la historia, las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras se han caracterizado por su movilidad, por su nomadismo. Se mueven en grupos pequeños por enormes territorios, en ciclos anuales o de varios años, explotando distintas zonas y manteniendo un cierto equilibrio con el ecosistema. Las sociedades neolíticas cambian esta concepción y el modelo de ocupación del territorio. Paso a paso, y de la mano de la domesticación de plantas y animales, se van haciendo más sedentarias, reduciendo su movilidad y concentrando su población en asentamientos duraderos, aunque no necesariamente permanentes. Así, aparecen los primeros poblados campesinos que, con el aumento de la población, llegarán a convertirse en pequeñas ciudades y centros protourbanos, como en Jericó (Palestina) o Çatal Höyük (Turquía).

Estos ejemplos nos devuelven al punto de origen del Neolítico de Próximo Oriente, y más concretamente a la región conocida como Creciente Fértil, donde nuestra obra iniciará su recorrido. No porque sea el más antiguo, que es simplemente una coyuntura histórica, sino porque aquellas primeras sociedades agricultoras y pastoras se expandirán, a lo largo de varios milenios, hacia el oeste, por toda Europa, y hacia el este, hasta el Valle del Indo. En el caso concreto del Mediterráneo, territorio que va a ocupar gran parte de nuestra atención en este libro, los primeros grupos neolíticos fueron asentándose paulatinamente en los espacios costeros o en las zonas cercanas al mar. Su rapidez fue tal que en poco más de dos milenios habían llegado a las playas del Atlántico teniendo como punto de origen el extremo oriental

del Mediterráneo. Para ello emplearon piraguas mediante la navegación de cabotaje. Es decir, atracando las embarcaciones después de recorrer pocas millas náuticas y perder la visión de la línea de costa.

Evidentemente, también hubo una expansión terrestre desde las zonas costeras o desde otros puntos del interior. En este sentido, la hipótesis más probable es que la ocupación de la Europa central se originó en movimientos generados inicialmente entre las comunidades asentadas en la península helénica.

El proceso de domesticación deriva de cambios en los genes de determinadas especies a partir de su control, selección y transformación. Es decir, los seres humanos escogieron entre las poblaciones de diversas plantas y animales a los individuos que mejor se reproducían de acuerdo a sus necesidades. Pero los cambios no solo se produjeron en esas otras especies de la naturaleza, sino también en nosotros mismos. A partir del Neolítico, las modificaciones genéticas nos permitieron, por ejemplo, ser cada vez más tolerantes a la lactosa y al gluten, aunque algunas personas aún sufrimos sus efectos. Fueron cambios provocados por esa revolución de la que nuestros antepasados fueron protagonistas, en particular con la introducción de todos esos nuevos alimentos.

El Neolítico del Creciente Fértil es de enorme importancia para entender el desarrollo de Europa y Occidente. Allí empezaron a controlar y cultivar el trigo, la cebada, la lenteja, el haba y el guisante, pero también otras plantas como el lino, usada para la confección de cestos, cuerdas o tejidos. Por otra parte, en relación con las especies animales, domesticaron una cabaña ganadera formada por cerdos, vacas, cabras y ovejas. Esas especies animales y vegetales han sido claves en toda nuestra historia desde entonces, y han condicionado nuestras formas económicas y nuestra alimentación prácticamente hasta hoy en día.

Sin embargo, la domesticación no significó la renuncia a otros recursos naturales, como los que ya llevaban explotando millones de años las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras. Sabemos que las comunidades neolíticas, como muchos

grupos en la actualidad, recurrían a la caza, la pesca y la recolección para complementar y ampliar sus fuentes de alimentación y materias primas en lugares como bosques, praderas y playas, que siguieron aprovechando, transformando y, en ciertos casos, intercambiando. Como es lógico, el grado de importancia de dichos recursos fue cambiando a lo largo del tiempo y el espacio. Algunas de las representaciones pictóricas o escultóricas son un buen reflejo de esas actividades, y en ellas vemos individuos cazando, recolectando vegetales o recogiendo miel.

En este escenario, las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras no desaparecieron súbitamente. Durante varios siglos se establecieron dinámicas de convivencia, de adaptación a las novedades neolíticas o de desplazamiento. Incluso en algunos casos, en lugares de clima o medio ambiente extremos, estos grupos han sobrevivido hasta prácticamente la actualidad, si bien no es menos cierto que se trata de casos excepcionales. Es el caso, por ejemplo, de los bosquimanos del Kalahari o de diversas comunidades del Amazonas.

Pero los cambios que provocaron las comunidades neolíticas no solo fueron internos en el seno de su organización social, económica y política; también fueron externos, en el medio natural y el ecosistema. El sedentarismo cada vez más acusado supuso un incremento de la población y la necesidad de aumentar los recursos alimenticios. El paso de las generaciones y la ocupación cada vez más intensa del territorio provocó profundas transformaciones en el paisaje, no solo de los lugares que habitaban. Esa búsqueda de nuevos espacios de cultivo y de pastoreo obligó a la puesta en marcha de procesos de deforestación que a lo largo de la historia han transformado la fisonomía de nuestro planeta. A partir de entonces, los ecosistemas de cada zona estarán cada vez más antropizados, más modificados por la actividad humana.

Por otra parte, la agricultura obliga a gestionar una producción programada y razonablemente regular, una parte de la cual será destinada al consumo humano o de los animales domésticos, y la otra al cultivo del año siguiente. Ya no se

trata de una producción efímera, estacional, que debe consumirse al poco tiempo de cazarse o recogerse, sino que ha de guardarse para alimentar a la población durante un periodo importante del año. Este hecho provocó que aquellas sociedades empezaran a construir sistemas de almacenaje permanente, entre los que se incluyen los silos, cuyo volumen y tamaño irá en aumento a medida que crece la importancia de la agricultura. Además, en el caso del Próximo Oriente, siglos después a la domesticación animal y vegetal, los grupos neolíticos introdujeron una novedad tecnológica que va a ser clave para todas las sociedades humanas posteriores hasta hace apenas un par de generaciones: la alfarería y la cerámica. De hecho, en muchas comunidades y aún en el siglo XXI, la cerámica sigue teniendo un papel fundamental en la vida cotidiana. Otros objetos realizados en cestería o madera debieron tener igualmente una importancia sobresaliente a la hora de almacenar alimentos y líquidos. Sin embargo, las bacterias se encargaron de hacerlos desaparecer para la arqueología, y ahora solo llegan a nosotros de manera excepcional y bajo condiciones muy particulares.

Este proceso, y los cambios que se produjeron en todos los ámbitos de la esfera social, económica, política e ideológica, fueron tan extraordinarios como irreversibles, extendiéndose por todo el planeta. Ello se produjo en todo el mundo, en momentos distintos. Entonces ¿por qué sucedió? Existen varias hipótesis para explicar esta cuestión fundamental, que detallaremos también a lo largo del libro. La primera sería una explicación poblacional, como respuesta a una crisis alimentaria causada por el crecimiento demográfico, en un momento y condiciones determinadas. Otra sería la hipótesis climática, es decir, que las novedades llegaron en respuesta a un cambio climático que limitó los recursos de las sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras. Y la tercera sería una explicación cultural, por la cual las comunidades que vivían de la caza, pesca y recolección llegaron a un nivel de dominio de la naturaleza y desarrollo social que les permitió iniciar el cambio. Lógicamente, estas hipótesis no son excluyentes

entre sí, y varias podrían combinarse para obtener una visión más precisa y real.

Como ya hemos dicho, el Neolítico apareció en diferentes áreas del mundo de forma independiente. Su avance desde las zonas de origen a nuevas regiones resultó imparable. Esa expansión fue arrítmica, porque los grupos neolíticos y sus nuevos logros no siempre se movieron a intervalos regulares de tiempo y a la misma velocidad. En ocasiones, las comunidades neolíticas detenían su marcha en ciertas zonas durante siglos y, en otras, ocupaban nuevos espacios en unos pocos años. Los ritmos de la difusión dependían, entre otros, de factores climáticos y orográficos de los territorios que paulatinamente habitaban, así como de los medios de transporte que empleaban. En todo caso, después de varios millones de años de presencia humana, este proceso de neolitización sorprende por la rapidez con que se produce (en clave de tiempo arqueológico). Aunque lo cierto es que su desarrollo y expansión duró varios miles de años.

El camino seguido por las comunidades neolíticas lo vamos reconociendo a medida que se descubren sus primeros yacimientos y los restos son fechados mediante técnicas de datación absoluta, como el carbono 14. Esto nos permite situarlos en el tiempo y en el espacio, observando que hace unos 11.000 años desembarcan en Chipre y hace unos 8.800-8.500, aproximadamente, inician su andadura por el Egeo, ocupando tanto la parte continental como las islas. Cinco siglos después los encontramos en el norte de la actual Grecia y en el área balcánica, puente para adentrarse en las grandes llanuras del interior de Europa. Poco después, hace en torno a unos 8.000 años, empiezan a asentarse en el este y sur de la península italiana, llegando al sudeste de Francia y al este de la península ibérica hace unos 7.700-7.500 años, aproximadamente. Dos siglos más tarde, ese recorrido por toda la costa mediterránea los llevará al norte de África, en el actual Marruecos, y a los territorios lusos de la costa atlántica. En algunas de las regiones más norteñas, como gran parte de la península escandinava o las Islas Británicas, los modos de vida

del Neolítico no llegarán hasta periodos algo más tardíos, hace aproximadamente unos 6.000 años, quizás algo más... (figura 2).

FIGURA 2

Mapa sobre la neolitización de Europa.



FUENTE: CORTESÍA DE D. GRONENBORN.

Hasta el momento hemos realizado una breve explicación de varios aspectos clave de la economía y de las formas de subsistencia del Neolítico, así como de los grandes cambios que supuso y de la cronología de su expansión por los distintos territorios europeos. Pero no podemos concluir esta presentación sin un esbozo de lo que sabemos sobre su organización social y mundo simbólico. Estamos ante fenómenos globales, complejos, que supusieron cambios profundos en todos los ámbitos de la vida cotidiana de aquella época.

Las funciones económicas, sociales y religiosas de las personas se fueron diversificando y especializando. Esto se debió a los contactos entre grupos, al crecimiento de la población, a la acumulación de recursos, al aumento de conocimientos sobre el entorno y sus especies, a su adaptación cada vez mejor a los espacios ocupados y al clima; y, por supuesto, a los

continuos avances tecnológicos que las generaciones sucesivas fueron acumulando. Aunque el Neolítico no llegó a alcanzar una alta cota de lo que llamamos *estratificación social*, las relaciones sociales en el seno de las propias comunidades, así como la interacción con las poblaciones vecinas, fueron cada vez más complejas. Seguramente, mucho más complejas que las que hubo entre aquellos grupos del Paleolítico y el Mesolítico que vivían de la caza, la pesca y la recolección. Pero si bien esas sociedades cazadoras-pescadoras-recolectoras han sido consideradas, a veces, más igualitarias que las neolíticas, debemos prevenir contra cierta idealización inocente del pasado. Es decir, no podemos imaginarlas como sociedades utópicas o perfectas. Que haya escasas diferencias en la riqueza acumulada o en el poder que ejercen unos grupos sobre otros no significa que no hubiera muchas otras diferencias entre los individuos.

En la base de la sociedad neolítica estaba el grupo familiar en sentido amplio, organizado probablemente a partir de diversas relaciones de parentesco (clanes familiares, *gens* o tribus, etc.). La falta de registros escritos, lógicamente, nos impide conocer estos detalles, si bien nuevas técnicas revolucionarias, como el ADN, nos están permitiendo reconocer las relaciones familiares entre individuos enterrados en una misma sepultura colectiva o entre tumbas individuales pertenecientes a un mismo cementerio. Además, a través de ese “pasaporte genético” ha sido posible detectar en algunas necrópolis la presencia de individuos inhumados cuyo origen era diferente al del resto de las personas enterradas. Ello nos habla de contactos y quizás “matrimonios” establecidos entre personas de distintas comunidades, hecho habitualmente documentado desde la etnografía. Este tipo de matrimonios son un medio con el que consolidar las relaciones sociales entre distintos grupos. Sin duda, los estudios bioarqueológicos, entre los que está el ADN, nos aportarán información de una gran relevancia para el conocimiento de nuestros antepasados más lejanos.

Lo que cada vez tenemos más claro es que había, cuando menos, cierta diferenciación de roles económico-sociales entre hombres y mujeres. En buena parte de las sociedades

neolíticas se ha descubierto que determinadas actividades las realizaban mayoritariamente hombres o mujeres. Así, el estudio de la función de los instrumentos depositados como ajuar en tumbas neolíticas del noreste peninsular demuestra que los hombres se asociaban a los proyectiles o los usados para cortar carne, mientras las mujeres se vinculaban a útiles destinados al trabajo de la piel. Sin embargo, en tareas que requerían de mucha mano de obra, y que necesariamente se efectúan en momentos muy concretos, como es el caso de la siega del cereal o determinadas tareas de pastoreo, debieron intervenir personas de ambos sexos y, por supuesto, niños/as y jóvenes.

Es posible que algunos aspectos simbólicos e ideológicos que conocemos del primer Neolítico surgieran de las relaciones sociofamiliares y de las dinámicas relacionadas con la sedentarización, la propiedad de la tierra y el control del territorio y sus recursos. En ese sentido, en el Neolítico de Próximo Oriente, por ejemplo, aparecen prácticas como el culto a los antepasados, incluyendo los enterramientos bajo las propias viviendas y el recuerdo de los fallecidos modelando sus rostros con mortero de cal. También se elaboran diferentes objetos simbólicos y religiosos relacionados con la fertilidad de personas, plantas y animales. El pensamiento simbólico a menudo se manifiesta a través de la representación gráfica o escultórica de la figura humana. Su importancia es evidente, y aunque no podemos conocer al detalle cómo fueron aquellos cultos y lo que entrañaba cada elemento de su simbología, sí conocemos sus rasgos generales, que explicaremos a lo largo de esta obra.

En todo caso, esa complejidad social creciente cristalizará en una incipiente estratificación, que será más evidente durante el Calcolítico, momento que se caracteriza por las primeras evidencias del control y la producción de elementos de metal, inicialmente del cobre. Entonces la división social se hará más y más pronunciada, apreciándose distintos niveles de riqueza, poder e influencia en diferentes estratos o clases sociales. Esto llevará, en muchos lugares del mundo, incluido el Próximo Oriente, a la aparición de los primeros estados y

poco después de los primeros imperios territoriales. Desde hace unos 5.400 años, la escritura será crucial para la aparición de dichos estados. Tal es su relevancia que ha sido el elemento empleado para definir el paso de la prehistoria a la historia.

Quizás esa complejidad social, unida al paulatino aumento de la población y al control cada vez mayor de los territorios explotados y de los recursos que allí existían, fueron algunos de los detonantes de eventos violentos, en términos individuales y colectivos, que se detectan puntualmente a inicios del Neolítico y que llegan a ser recurrentes en determinadas zonas a partir del Neolítico final y durante la Edad de los Metales. En esta obra revisaremos las evidencias que existen sobre la violencia en el Neolítico y trataremos de ofrecer una visión general, equilibrada y ajustada a los datos disponibles.

Y terminada esta introducción a los temas que abordaremos en el libro, invitamos al lector o lectora a acompañarnos en este fascinante viaje al pasado. A conocer a esas gentes del Neolítico, de las que hemos heredado tantas cosas que son consustanciales a nuestros modos de vida, nuestra tecnología, nuestras creencias, los productos con los que nos alimentamos y al impacto ambiental sobre el paisaje y sobre nuestro planeta. Impacto que posteriores eventos históricos han ido agravando.